

cual hubiéramos compartido risas y lágrimas, viviendo juntos las infaltables horas de felicidad y de infortunio que son los puntos dentro de los cuales oscila el péndulo de la conciencia humana!

Y la comparación que he hecho entre la Universidad moderna y este campamento estudiantil, permite comprender mejor todavía la importancia de sus actividades, que al pronto podrían parecerse de menor cuantía al lado de las tradicionales actividades académicas, de importancia consagrada. En efecto, suponed que la vasta carpa en que nos reunimos para la comida es un magnífico comedor, animado a diario con la alegre algazara de los comensales, estudiantes y profesores; que las rústicas carpas fueran cómodos dormitorios, reductos de la amistad y de la íntima confianza; que nuestras diarias excursiones al bosque y a la sierra estuvieran arregladas según un plan científico y extenso, de modo de cubrir, no sólo la región colindante, sino acaso el país entero; que esta cátedra fuera ocupada a diario por las grandes personalidades de la Patria, que vieran a ponerse en contacto con la juventud para estimularla y allanarle de antemano los obstáculos que habrá de hallar más tarde en la vida: ¿no es verdad que entonces la importancia de la Universidad como institución puramente escolástica se aminora, creciendo en cambio su importancia social?

Y en realidad son instituciones de esa índole las que faltan en nuestros países, pues nuestro problema es en realidad un problema del sentimiento. Adolecemos precisamente de los defectos de que se ven libres las sociedades educadas en esas grandes universidades que hemos descrito: somos personalistas; la educación recibida nos ha habituado demasiado a la rivalidad y a la emulación, recurso de que con lamentable frecuencia se vale la escuela, a falta de agradables incentivos na-

turales, para obtener el máximo de aplicación del espíritu remiso del niño. Nuestro corazón está con harta frecuencia saturado de hostilidad. El desconocido, el ausente, es casi siempre un enemigo presunto. Nuestro espíritu, suspicaz y caviloso, vive a menudo temiendo la infidelidad y la traición. Nuestro interés nos ciega a veces y nos hace en tales ocasiones injustos y parciales; y nos es difícil presenciar el brillo de otras personalidades sin que gruñe sordamente el amor propio.

Poseemos en alto grado la agudeza intelectual y el ingenio; pero somos aún torpes en el arte de las artes: el de la vida en compañía.

* * *

La Universidad y el niño

El viajero que llega a Chautauqua no tarda en preguntarse qué virtud tiene aquí el aire o el agua, que hace a los niños adorables, suaves, deliciosamente serviciales y afectuosos. En mi opinión la razón está en que Chautauqua ofrece el ambiente natural en que el alma infantil encuentra su centro, mientras que fuera de ella, es decir, en las condiciones ordinarias de vida, nuestra educación mata en germen lo que, cultivado, representa la mejor de las excelencias humanas.

La concepción evolucionista, en que muchos buscan justificativos para probar que el niño es un depósito de instintos salvajes, puede en verdad invocarse para demostrar que el niño es muchas veces superior a sus mayores. La superioridad reside en que el niño trae fresca la herencia de un pasado de candor animal, un instinto de verdad no maculado por la civilización, un profundo interés en lo humano y en todo lo que vive. ¿Qué es para el niño detener un trasatlántico para salvar un perro que se ahoga? ¿qué juez más severo, en su candor ingenuo, de nuestras mentiras convencionales? ¿quién es más positivo